



talla general, pereció con su hijo, víctima quizá de la traición del general Halo, que inmediatamente se hizo proclamar emperador. En el reinado de Decio tuvo lugar la séptima persecución contra los cristianos.

A la muerte del emperador Decio comienza para el imperio romano un período de verdadera anarquía, que dura más de veinte años, durante los cuales las provincias se entregan casi sin defensa á las devastadoras incursiones de los pueblos germánicos y de los persas. Al mismo tiempo un gran número de generales toma el título de emperadores y se hacen la guerra unos á otros, en vez de combatir á los enemigos del imperio. Vibio Galo se obligó á pagar un tributo anual á los godos para preservar al imperio de nuevas incursiones, y dividió el trono con Hortiliano, sobrino, ó, según otros, hijo de Decio, á quien el senado había proclamado emperador. Galo, por su parte, confirió á su hijo Volusiano el título de César para asegurarle la sucesión. Hostiliano murió poco después, arrebatado por la peste. Los persas invaden la Armenia y la Siria, y los godos llegan hasta las costas del mar Adriático, y penetran por el Oriente en el Asia Menor. Emilio Emiliano es enviado contra ellos y los derrota, proclamándole emperador sus legiones. Galo y Volusiano fueron muertos por sus soldados (253). Valeriano marchó sobre Roma para vengar la muerte de su amigo Galo, y Emiliano murió á manos de los mismos que le habían elevado al trono.

No faltaban al nuevo emperador ni valor ni dotes militares; pero no pudo salvar al imperio, porque los bárbaros le atacaban á la vez por todos lados. Los francos devastaron la Galia, los alemanes la Italia Septentrional, y los godos destruyeron la Tracia, la Macedonia y la Grecia, en tanto que los persas invadían la Siria y el Asia Menor. Valeriano envió á sus generales contra los pueblos germánicos, y él marchó contra los persas. Al principio triunfó; pero en una batalla que libró al pié de los muros de Edesa cayó prisionero, y terminó sus días en el cautiverio. Ordenó la octava persecución contra los cristianos.

Galiano, hijo de Valeriano, había sido aso-

ciado al trono en los últimos años del reinado de su padre; pero no heredó su energía. La anarquía llegó á su colmo en el imperio; más de veinte generales usurparon á la vez el título de emperadores, que sus soldados les ofrecían; más tarde se llamó á esta época el *tiempo de los treinta tiranos*. Por último se formaron tres imperios: 1.º, el de Italia, que se extendía por el norte de África y las provincias situadas al sur del Danubio; 2.º, el de las Galias, que comprendía las Galias, la España y la Gran Bretaña, y cuya capital era Tréveris; 3.º, el de Oriente, que abrazaba todas las provincias asiáticas y el Egipto, y cuya capital era Palmira.

Postumio, gobernador de las Galias, que había defendido con éxito esta provincia contra los francos y los alemanes, tomó la diadema imperial en Tréveris é hizo respetar su autoridad en España y en la Gran Bretaña; pereció en una sublevación de su ejército, que elevó al trono á Tétrico (268-273), de origen galo. Éste se sostuvo en el poder ocho años, abdicando cuando el emperador Aureliano restableció su autoridad en todas las provincias del imperio.

Ordenato, rico habitante de la floreciente colonia romana de Palmira, fué nombrado gobernador de esta ciudad por Valeriano; derrotó á los persas que después de la batalla de Edesa habían invadido el Asia Menor y los persiguió hasta Ctesifon. Después de haber vencido á los otros emperadores que se habían proclamado en las provincias orientales, su ejército le proclamó emperador, cuyo título confirmó luego Galiano. Odenato gobernó el Oriente y combatió con éxito á los persas. En sus medallas se le llama *princeps Arabum*. Muerto por uno de sus parientes, su mujer, Septimia Zenobia, reinó á nombre de sus hijos. De carácter enérgico esta mujer, formó el proyecto de fundar en Oriente un reino independiente de los romanos, al que dió el nombre de reino de Palmira. Aureliano la venció, y restableció la dominación romana en estas comarcas.

Licinio Galiano permanecía ocioso en Italia, sin cuidarse de combatir á los numerosos usurpadores; pero se vió obligado á marchar con-



tra Aureolo, gobernador de la Pannonia, que se había proclamado emperador, invadido la Italia y apoderándose de Milan.

Cuando tenía cercada esta ciudad fué muerto por sus mismos soldados, que proclamaron emperador á su general Claudio (268). El nuevo emperador, que se había engrandecido por medio de las armas, trató de restablecer su autoridad en todo el imperio. Al efecto se dirigió contra los alemanes, á quienes arrojó del norte de Italia, después de haberlos vencido cerca del lago de Garda; después marchó contra los godos, que habían penetrado en la Dacia y la Mesia, destruido el Asia Menor, la Grecia y la Iliria, saqueado á Efeso y Atenas, y les derrotó en número de 320.000 cerca de Neisa, en Mesia. Estas brillantes victorias le valieron el título de Gótico. La peste le arrebató de en medio de sus triunfos. Antes de morir designó como sucesor al general Aureliano, cuya elección ratificó el ejército.

Solamente podía salvar al imperio romano un hombre superior, capaz de poner fin á la anarquía interior y de rechazar al mismo tiempo á los numerosos enemigos exteriores. Este hombre fué Aureliano, natural de la Pannonia, é hijo de un aldeano.

Entrando á servir en el ejército romano de simple soldado, se hizo notar bien pronto por su valor y dotes militares; así es que el emperador Valeriano le nombró cónsul y le confirió un mando importante, del cual no abusó, como hicieron otros generales, para ceñir la diadema imperial. Elevado al trono después de la muerte de Claudio II, restableció en el ejército la disciplina más severa, y tomó medidas enérgicas para terminar las tan funestas guerras con los godos. En un tratado de paz que hizo con ellos, les cedió la provincia de Dacia, que había sido despoblada por sus continuas incursiones, y el Danubio volvió á ser la frontera septentrional del imperio romano. Consiguíó, sin embargo, traer en rehenes un cierto número de niños de las familias nobles, que hizo educar con esmero en Roma, para que de este modo se extendiera la civilización romana por aquel pueblo. En esta época se dividieron los godos en visigodos ó westgoths (godos oc-

cidentales), y ostrogodos ó ostgoths (godos orientales). En seguida atacó y derrotó en una sangrienta batalla sobre el Metauro á los alemanes, que no habían dejado de hacer incursiones en el norte de Italia. Para poner á Roma al abrigo de un ataque de los bárbaros, la rodeó de nuevas fortificaciones que concluyeron sus sucesores.

Después de haber restablecido la línea de fortificaciones á lo largo del Danubio, y asegurado por allí las fronteras septentrionales, Aureliano trató de restablecer la unidad política del imperio. Al efecto declaró la guerra á Zenobia, que había extendido su dominación por el Egipto y una parte del Asia Menor, la vence en Antioquia y Emesa y la hace prisionera después de haber tomado á Palmira. Sublevada esta ciudad, Aureliano la toma segunda vez y la destruyó el año 272. Vuelto á Italia, Tétrico, emperador de las Galias, le pidió auxilio contra sus propias legiones, y las derrotó cerca de Chalons. Aureliano celebró en Roma un magnífico triunfo; su carro iba tirado por cuatro blancos, y precedido por Zenobia y Tétrico, que fueron tratados con clemencia y generosidad. Aureliano recibió el sobrenombre de *Salvador del imperio*. Poco después, y durante una expedición contra los persas, fué asesinado por uno de sus secretarios, que se había hecho culpable de exacciones y temía la cólera de Aureliano, siendo llorado por el ejército y el pueblo.

Á la muerte de Aureliano se verificó un espectáculo extraño: el ejército obligó al senado á elegir un nuevo emperador, y el senado lo rehusó por temor de disgustar al ejército. El trono estuvo vacante ocho meses, hasta que por fin el senado ofreció la corona á Tácito, senador respetable de setenta y cinco años de edad, y pariente del gran historiador del mismo nombre. Tácito aceptó después de algunas vacilaciones, pero murió seis meses después, á causa de las fatigas de una campaña contra los alanos, pueblos que habitaban entre el Mar Negro y el Caspio, que habían invadido el Asia Menor, y á quienes rechazó el Cáucaso.

El ejército proclamó emperador á Aurelio Probo, natural de Pannonia, de humilde origen,



y á quien Tácito habia confiado el mando de las provincias orientales. Floriano, hermano de Tácito, fué tambien proclamado por otro ejército y marchó contra Probo; pero fué muerto por sus propios soldados, y entonces Probo pidió y obtuvo la aprobacion del senado. El imperio tenia necesidad de un principe valiente para combatir á los bárbaros: los francos, los alemanes y los borgoñones habian penetrado en la Galia y saqueado más de sesenta ciudades. Probo los atacó y rechazó al otro lado del Rhin; pasó en seguida este río y penetró en la Germania, incorporando al ejército romano 6.000 germanos y repoblando las provincias devastadas por las incursiones de los bárbaros con colonos sacados de entre los pueblos vencidos. Cien mil bastarnos fueron trasportados del Asia Menor á la Tracia; los francos y los gepidos se establecieron en las márgenes del Rhin y del Danubio. El general Saturnino se subleva en Asia; pero es derrotado por Probo y muerto por sus propios soldados el año 280. Los usurpadores

Bonoso y Próculo son vencidos por Probo el año 281. El emperador ocupaba á las legiones durante la paz en reedificar las ciudades de la Galia destruidas por los bárbaros, y en desecar las vastas lagunas que habia cerca de Sirmio, en la Pannonia, donde vivia con frecuencia. Murió en un motin promovido por los soldados de la Pannonia.

El ejército dió la diadema al prefecto de la guardia, Caro de Narbona, que nombró césares á sus dos hijos Carino y Numeriano, y compartió el poder con ellos. Caro emprendió una expedicion contra los persas, en la cual murió (283), herido, dicen, en su tienda, por un rayo. Numeriano y Carino tomaron las riendas del gobierno; pero el primero fué muerto por su suegro Aper cuando retiraba su ejército de la Persia (284). Aclamado emperador Diocleciano, se deshizo de Carino por medio del asesinato. Con el advenimiento de Diocleciano al trono, empieza un nuevo período para el imperio romano

### CAPÍTULO XI

Desde Augusto hasta Trajano (desde el año 19 ántes de J. C. hasta el 98 despues de J. C.).— Cambio feliz en la situacion de España.—Mejoras que debió á Augusto.—Nacimiento de Nuestro Señor Jesucristo.—Muerte de Augusto.—Tiberio.—Comienza á reinar dulcemente y se convierte en horrible tirano.—Casos de bárbara ferocidad.—Acaba de arrebatarse sus derechos al pueblo romano.—Excesos de sus gobernadores en España.—Son procesados.—Enemiga de Tiberio hácia los españoles.—Sus venganzas.—PASION Y MUERTE DEL SALVADOR DEL MUNDO bajo el reinado de Tiberio.—Caligula.—Instintos sanguinarios, crueldades, locuras y delirios de este emperador.—Claudio.—Su imbecilidad.—Suplicios y ejecuciones.—Españoles de este tiempo distinguidos en ciencias y letras.—Neron.—Sus monstruosidades.—Incendio de Roma.—Conducta de Séneca.—Galba emperador.—Su ingratitud con España.—Othon.—Agrega á España una nueva provincia.—Vitelio.—Su repugnante glotonería.—Su muerte desastrosa.—Dulces reinados de Vespasiano y Tito.—Beneficios que hacen á España y amor que les profesan los españoles.—Destruccion del templo de Jerusalem.—Domiciano.—Su crueldad.—Persecucion contra los cristianos.—Breve y benéfico reinado de Nerva.

Fuese que ejerciera Augusto la autoridad suprema en Roma bajo el nombre de emperador que conservaron sus sucesores, fuese el fundamento principal de su poder el tribunado perpétuo, fuese la reunion de las más altas magistraturas en su persona la que le hiciera árbitro y soberano del Estado; que el gobierno de Roma fuese una monarquía con formas republicanas, ó que fuese una prolongada dictadura; que Augusto disfrazara con más ó menos astucia y disimulo su poder ilimitado y absoluto conservando antiguos nombres, y que el pueblo y senado comprendieran toda la mudanza que bajo cierta apariencia de respeto á los poderes existentes se habia efectuado en el gobierno de la ciudad y de las provincias, y que se sometieran á él, los unos por seduccion, los otros por creer el cambio provechoso, los otros por impotencia de resistir, es lo cierto que los vastos dominios romanos se sujetaron desde Augusto á la autoridad omnipotente de un solo hombre. Nueva era para Roma, que ya se rigió siempre con gobierno imperial.

Subyugada España y sujeta al imperio romano, acostumbrados como estaban los españoles á ver y sufrir el azote y la opresion de aquellos gobernadores rapaces y crueles, tuvieron á dicha el ser gobernados por un hombre, que si bien habia dado el último golpe á su independencia y á su libertad material, mostrábase con ellos no sólo dominador clemente, sino hasta protector generoso. Veíanle amparar á los pueblos contra las vejaciones y rapiñas de los pretores, declarar algunas ciudades exentas de tributos, fundar nuevas colonias, abrir vías de comunicacion, establecer escuelas, y honrar los indígenas, elevando á muchos de ellos á las más altas dignidades, y no es extraño que ellos, que eran duros y tenaces en vengar ultrajes y agravios, y extremados y ardientes en amar á los que les dispensaban favores, se apasionaran de Augusto hasta el punto de erigirle templos y altares. Ó no conocian, ó importábaseles poco aunque lo conocieran, que el proceder de Augusto no fuese hijo de la virtud sino de cálculo; que tu-